

Año. 10 No. 10. Semestre B de 2023 ISSN: 2322-9977

ERGOLETRÍAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

Barry



Universidad
del Tolima



Una nueva historia
ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

REVISTA ERGOLETRIAS

Año. 10 No. 10.

Semestre B de 2023

ISSN: 2322-9977

Rector
Omar Albeiro Mejía Patiño

Vicerrectora de Docencia
Martha Lucía Núñez R.

Vicerrector Desarrollo Humano
Diego Alberto Polo Paredes

Vicerrector Administrativo y Financiero
Mario Ricardo López Ramírez

Vicerrector de Investigación – Creación,
Innovación, Extensión y Proyección
Social
Jonh Arteaga Jairo Méndez

Director Idead
Carlos Arturo Gamboa Bobadilla

Secretaría Académica Idead
Marien Alexandra Gil Serna

Director Publicación
Nelson Romero Guzmán

Comité Editorial
Carlos Arturo Gamboa B.
Elmer Hernández
Jorge Ladino Gaitán
Hernán Ruiz

Asistente Editorial
Norma Constanza Torres Espinosa

Diseño
Andrés Mauricio Ospina Ariza

Imágenes
Tomadas de la WEB suministradas
por el director de la revista

Dirección
Universidad del Tolima Sede Centro/
Barrio Santa Helena
Correo electrónico:
revistasidead@ut.edu.co

Daniel Padilla Serrato

(Bogotá, 1979)



Tanat

En las visiones de los místicos una flor de infinitos pétalos es la entrada que conduce al inframundo. El iniciado atraviesa el cáliz y camina a lo largo de un túnel forrado de huesos. A muchos esta visión les ocurre en sueños; para otros es como un incendio en la meditación. Algunos más son alcanzados por una luz invisible y caen, convulsos. Pero todos ven la misma flor, la misma que abre las puertas de Tanat, el reino subterráneo.

Se ha especulado bastante sobre la naturaleza de este lugar. No faltan quienes lo identifican con el antro platónico, morada de esclavos atados a las cadenas de la ilusión y la mentira. La gran mayoría piensa obtusamente que se trata de la zona de tormento venerada por los seguidores de la cruz. La verdad es que allí ruge una princesa de ojos terribles. Quienes la ven de cerca quedan petrificados, pues aterra su enigmática belleza. Ella es la niña llena de gracia que salió de casa a recoger flores y no volvió nunca. Un día, en el bosque se abrió la tierra y el viejo rey que vive abajo la cogió de los cabellos y la arrastró a las profundidades.

Antes Tanat era un yermo rocoso donde las almas llegaban de paso y luego desaparecían vagando alrededor de estepas cubiertas de guijarros. Cuando la princesa fue llevada bajo tierra cada guijarro adquirió una leve luminiscencia, vibró y se agrupó con otros. Así fue edificado este dédalo nocturno. Incontables torres, negras como la obsidiana, brillantes como el agua se elevaron; entre todas ellas puentes levadizos, cúpulas, pórticos, columnas, salones y sótanos; muros adornados con panoplias espectrales, frescos pintados con sangre de cordero; mazmorras donde las brujas mezclan sus pócimas; escaleras en espiral sin fin ni comienzo; arriates donde crecen flores de cuarzo y ópalo; riachuelos concéntricos, lagunas de esmeraldas y corredores dorados que convergen en un trono de hiedras y musgo. Allí juzga, imagina y profetiza la Señora del palacio de Tanat. Le llaman Dama de nieve o Señora plateada. Hay quienes también la llaman Nekya, Naica o Tanatia, que en onirio antiguo significa La-que-murmura-sombras.

Una vez proclamada Señora de los espacios inferiores la princesa recorrió el palacio. A su



paso iba creando nuevos recintos y habitaciones. En una de ellas encontró un cofre oculto en un rincón. En la tapa vio una cara tallada. Perdida en su contemplación, la princesa tuvo la impresión de haber abierto el cofre, cuyo interior era un jardín. Dos niños amontonaban tierra con las manos en cuenco, elevando pequeños montículos oscuros, visibles entre la fina grama. Curiosa, la princesa preguntó por aquello. “Edificamos el mundo” respondieron. En el centro de los montículos se elevaba un árbol modelado con arcilla. De cada rama pendía una llave. Alentada por los niños la princesa arrancó una y se la llevó a la boca. Incubado en su vientre bendito, el fruto se transformó en un mar donde las criaturas abisales se descomponían entre burbujas y destellos de luz. Los hilos de la vida eran disueltos por corrientes submarinas. También el miedo, la ira, la ignorancia y la sabiduría. Todo era consumido, todo perdía densidad e importancia, todo se desvanecía en el remolino de su ilusoria realidad. Ella flotaba entre sombras, acariciada por los efluvios del sueño donde se reflejaban sus ojos, el cielo, el cofre, el jardín. En esa marea nutricia Tanatia durmió eones. Cuando despertó se vio nadando tras un ciervo blanco, en las circunvoluciones de un laberinto más allá del horizonte, tatuado en su propio cuerpo. Por eso fue llamada Nekya, Nacida-de-sí-misma.

Se desciende a este reino para formular una pregunta a la princesa. Muchos desean hacerlo porque se les enseña que sus palabras equivalen al conocimiento. Los que bajan por gracia del agua o del vino quieren saber dónde yace su cuerpo abandonado; quienes traspasan el espejo de fuego desean conocer la fuerza que los llama hacia la oscuridad; las víctimas del hierro preguntan confundidas si hay justicia en la sangre. Los enamorados, nostálgicos, recuerdan al amor que dejaron en casa tejiendo una mortaja.

Cierta vez, uno solicitó guía para volver a la luz pues su camino había sido arduo y quería tumbarse en su lecho de olivo para abrazar a su mujer y descansar. La princesa murmuró algunas sílabas turbias que fueron repetidas por un anciano sacerdote. Cuando el hombre salió sus compañeros de armas



portaban la pálida máscara de la muerte. Con horror vio los gestos lívidos de los enemigos asesinados al otro lado del mar. Oyó entonces la voz arenosa de un mendigo cantando antiguas fábulas de navegantes a sus pies, mientras restañaba una vieja herida en su muslo, que había vuelto a sangrar.

Algunos sólo escuchan los cascabeles que adornan su cuello y sus crueles carcajadas y la llaman Coatlicue, madre de los ahorcados; otros retroceden despavoridos ante los múltiples brazos armados con afiladas dagas y la extática danza de su torso teñido en sangre. Los más pretenciosos esperan poner a prueba su sapiencia, pero, perplejos, enmudecen siempre con la triple paradoja de la Esfinge. Tampoco faltan los que la han visto recogiendo trozos del cuerpo desmembrado de su consorte en las orillas del río interminable.

En la corte de Tanat se reúnen duques, alquimistas, videntes, arúspices expertos en el arte de leer entrañas de toro, abades renegados, encantadores de serpientes, mañosas y alcahuetas comadronas, tragadores de escorpiones, maestros de caballería, efrits obedientes al Sello, hetairas, ascetas, halconeros

y mendigos. Viajeros de todos lados vienen de visita. Unos emprendieron camino desde la abandonada Bethmoora; algunos llegan de Celephais, la ciudad de los sueños en el valle de Ooth-Nargai. Incluso acuden peregrinos de lugares tan remotos como los helados abismos de Xibalbá. Los de Adelma son invitados frecuentes pues sólo el río Estiges les separa de Tanat y su Señora.

Tanat es un palacio de palacios dentro de otros. Cada recinto contiene y a su vez es contenido, y comunica con innumerables pasajes y recámaras. Su entrada puede estar disimulada en un tapiz tejido por las expertas manos de una viuda o en una mota de polvo; bajo varias capas de óleo en una pintura o en la leve ondulación de un cristal. Los más supersticiosos opinan que a veces, en muy raras ocasiones, cuando está avanzada la noche, luego de cerrar un grueso tomo, ante unos pocos afortunados aparecen unas puertas recamadas de gemas y plata. Luego un túnel. Entran con el corazón en la mano, guiados por el lejano palpar de un océano que se agita y estremece, pues de sus profundidades, cantando entre la espuma, emerge una virgen coronada de espinas en trance de alumbrar.



ERG OLETRIAS

Salvador Dalí